

### UN HERMOSO RASGO DE PATRIOTISMO.

El 26 de Febrero de 1862, el Gral. Jesús González Ortega, encargado de la defensa de Puebla de Zaragoza á la cabeza de 20,000 hombres, recibía el siguiente mensaje: "En este momento (2.38 de la tarde) llega á la hacienda de los Alamos el enemigo invasor. Lo aviso á Ud. para su gobierno."

El enemigo avanzaba lentamente y con un lujo de precauciones extraordinario, tal vez tenía razón, pues pasaban ya de una docena los convoyes que se le habían quitado por las guerrillas mexicanas. Además, los cañones de sitio y las provisiones de boca y guerra conducidos en pesados carros hacían sumamente fatigosa la marcha. No es de extrañar entonces que el ejército invasor, compuesto de 40,000 hombres, apenas rindiera diariamente jornadas de cuatro á cinco leguas.

El Gral. González Ortega no se había dado punto de reposo en los preparativos

conducentes al largo sitio á que había de ser reducido, según lo preveía por las aparatosas demostraciones del Gral. Forey. Las obras de defensa, magníficas en verdad, dados los escasos elementos con que se contaba, habían sido encomendadas al Coronel Joaquín Colombres, quien, por sus infatigables esfuerzos y su espíritu militar desbordante, fué premiado por el Presidente Don Benito con el grado de General de Brigada.

El estado de ánimo de las tropas mexicanas era excelente, nadie se sentía desfallecer ni medroso por la superioridad del enemigo, al contrario, todos ansiaban el momento de la lucha, tanto para escarmentar una vez más al codicioso invasor, cuanto para derramar su sangre en defensa de la patria y fecundar la preciada simiente de la libertad.

\* \* \*

A un grupo de militares que departía amigablemente en el Portal de Mercaderes, se acercó un paisano, de aspecto agradable y vestido con cierta decencia, que saludando á todos con una ligera inclinación de cabeza, tendió resueltamente la mano á un oficial del Estado Mayor y le dijo:

—Vengo á despedirme, Manuel, ¿qué mandas para la tierra?

—Pues, hermano, buen viaje y muchos recuerdos para todos. Quizá sea la última vez que nos veamos; pero si salgo con bien de esta *tremolina*, por allá nos veremos cuando Dios quiera.

—Ten fe, hermano, la causa que defiendes es santa, debemos tener confianza en los buenos resultados; lo único que siento es no poder acompañarte para pelear á tu lado contra nuestros enemigos, pero ya sabes, tengo mucha familia y además no estoy completamente sano. El médico dice que guarde yo dieta y que observe puntualmente el método que llevo escrito.

—Oye, (con permiso compañeros, dijo Manuel al grupo de militares, y se alejó unos pasos con el paisano) hazme el favor de saludar á Concha y darle esta cartera que contiene algunos recuerdos sumamente valiosos para mí; dile, además, que no la he olvidado ni un instante, ni podré olvidarla nunca, y que su imagen me acompañará dándome aliento en el fragor de la batalla; si vivo, pronto iré á casarme, y si muero, que no se aflija, habré muerto con dignidad por el nombre bendido de la patria.....

El paisano se alejó pensativo, era José

Sánchez, vecino de Atlixco, hermano de Manuel, uno de los oficiales del Estado Mayor del Gral. González Ortega.

Al toque de llamada, lanzado desde la residencia del Cuartel Maestre, Manuel y sus compañeros de armas se marcharon sin perder un instante. Todos los demás jefes y oficiales de la guarnición fueron agrupándose poco á poco en el lugar de la cita, el General en Jefe se paseaba pensativo, con un pliego en la mano, y cuando todos estuvieron reunidos, se expresó así: "Señores, tenemos que recibir al C. Presidente de la República, en este telegrama se me dice que ya se pone en camino, viene para inspeccionar las obras de defensa. Ya me encargo de dictar las órdenes para el recibimiento y espero que cada uno aprovechará la ocasión para avivar el fuego patrio de los soldados con la presencia del Primer Magistrado. Os he llamado solamente para comunicaros tan grata noticia."

Frenéticos hurras y prolongados aplausos fueron la respuesta que aquellos intrépidos militares dieron á la breve peroración de su General en Jefe; el nombre de Juárez era como un talismán, algo así como el emblema de grandes y soñados triunfos. No era de extrañar, por consiguieren-

te, que la buena noticia produjera el efecto de una chispa eléctrica en aquellos bravos corazones, que sólo esperaban el momento oportuno para lanzarse como leones sobre las aguerridas columnas de los franceses.

\* \* \*

Pocos días después el Presidente Don Benito entraba solemnemente en la ciudad de Zaragoza, ciudad que en breve sería acribillada á cañonazos, pero jamás humillada con una rendición vergonzosa. Hubo gran parada militar, las campanas repicaban alegremente, las damas arrojaban ramos de flores al paso de la comitiva, un gentío inmenso tomaba posesión de las aceras y las exclamaciones de júbilo se escapaban estentóreas de todos los pechos. La fortaleza de ánimo que recibió la tropa fué extraordinaria y contribuyó de modo eficazísimo á la ejecución de las proezas, casi legendarias, que se sucedieron después con admiración general de los sitiadores.

Después de inspeccionadas las fortificaciones, el señor Juárez se dirigió al ejército en estos términos: "*Soldados:*" Por fin el enemigo abandonará dentro de breves días la inacción en que lo forzasteis á cambiar su arrogancia, y satisfará vuestro más

impaciente deseo, acercándose á esta ciudad, que lleva un nombre tan ilustre para vosotros, como fatídico para los invasores de la patria.....

*Soldados:* en vuestro denodado pecho más que en los fuertes que circundan esta ciudad, tiene la República cifradas sus más preciosas esperanzas.....

*Soldados:* ¡Viva México! ¡Viva el Ejército de Oriente!"

Ya lo hemos dicho, la presencia del Presidente, y por supuesto, las hermosas palabras de aliento que quedan transcritas, produjeron magníficos resultados. El señor Juárez y su comitiva regresaron á la capital.

\* \* \*

Una mañana, cuando los exploradores, transmitían la noticia de que la descubierta del enemigo estaba á la vista, el General González Ortega recibía una carta concebida, en su parte esencial, en estas patrióticas palabras: "Ciudadano General en Jefe: El que suscribe.....deseando contribuir con su grano de arena al logro de tan loable objeto, ofrece al Supremo Gobierno los únicos bienes que posee, y constan de unas casas por valor de dieciocho mil pesos, para que disponga del producto de sus

rentas por todo el tiempo que dure la presente guerra....." "José Sánchez."

¡Sublime rasgo de patriotismo! ¡Glorioso episodio, digno de ser consignado en las páginas de la historia para eterna enseñanza de las generaciones que nos sucedan!

El General en Jefe contestó en términos laudatorios la expresiva carta y aceptó con gratitud, en nombre de la nación, el magnífico ofrecimiento, expresando á la vez su confianza de que muchos ciudadanos se inspirarían en ese hermoso ejemplo, para sostener hasta el fin la dignidad de la República.

Cuando la patria se veía profanada por los invasores, mancillada en sus caros intereses de honor sin motivos plenamente justificados, casi exhausta por las frecuentes sangrías de sus guerras intestinas, sin un centavo en los cajas del tesoro, traicionada por algunos malos hijos que suspiraban por la monarquía, expuesta á una lucha sin tregua, despiadada y sangrienta; un hijo leal—y con él otros muchos—patriota inolvidable de corazón espartano, le ofrecía con gusto sus pocos recursos, que era cuanto tenía, para contribuir á su defensa.

Con temperamentos de esta naturaleza, que afortunadamente no escasearon nun-

ca, que trocaban el arado por el fusil, que abandonaban á sus familias para alistarse en el ejército nacional y que se desprendían de sus bienes de fortuna, aunque éstos no representaran sino un puñado de monedas escasamente, no era de temerse por la suerte de la guerra, y así sucedió en efecto, cinco años más tarde el ejército de Napoleón III desocupaba el territorio de la República, el Gobierno legítimo se instalaba en el Palacio Nacional y el hermoso pabellón tricolor ondeaba gallardamente en los edificios públicos. ¡Oh! invictos hijos de México, vuestro ejemplo será siempre motivo de orgullo y de remembranza imperecedera.

\*\*\*

El nombre de José Sánchez es sumamente común, nada tiene de particular para llamar la atención del pueblo, pero en la historia del Ejército de Oriente está escrito con letras diamantinas, y cada vez que el lector curioso y amante de las glorias patrias lo vea inscrito en el catálogo de nuestros héroes, no podrá menos que rendirle un justo tributo de admiración.

¿Qué significaba aquél puñado de monedas ofrendado en el altar de la patria,

ante la inmensa desgracia y la penuria desesperante que agobiaban á la nación? Casi nada, pero el sacrificio era heroico, sublime como pocos, porque representaba todo el haber de un hombre casado, es decir el pan de una familia entera. El alma que es capaz de llegar á una resolución semejante, debe ser sin duda el alma de un patriota, alma de oro de muchos quilates forjada en el mismo yunque donde se formaron esos grandes y nobles caracteres que llamamos Cuauhtémoc, Hidalgo, Morelos, Bravo y Juárez.

La historia no dice más, ha sido sumamente parca, y ha hecho bien, porque los pormenores de las desgracias que siguieron después, no hacen falta para la glorificación del héroe. Nosotros, sin embargo, hemos descornado el velo y hemos contemplado un inmenso cuadro de desolación y tristeza. Los hijos de José Sánchez anduvieron descalzos, con las ropas raídas, alimentados miserablemente y muchas veces sucios como hijos de pordioseros. El trabajo del padre, trabajo humilde y de escasos rendimientos, no daba lo bastante para la prole, pero aun así, jamás una queja se escapó de aquel corazón espartano.

Sirvan estas líneas, después de 43 años, para ensalzar las virtudes cívicas de un

hombre esclarecido que mereció bien de la patria y que merece, además, en su sepulcro ignorado, esta sentencia: *Honor á quien honor merece.*

\*\*\*

Habían transcurrido algunos meses; el invasor, después de la rendición de Puebla, tomaba posesión de la capital de la República. Un día, en la parroquia de Atlixco, sin ostentación, y sólo ante un reducido número de amistades, se celebraba un matrimonio.

El hermano de José Sánchez, Manuel, el valiente oficial del Estado Mayor del General en Jefe del Ejército de Oriente, que á fuerza de astucia había logrado escapar del número de los prisioneros de guerra, se desposaba con la simpática Conchita Rubio, habiendo apadrinado el acto Don José y su esposa Doña Margarita.

Quince días más tarde, Manuel, con beneplácito de toda la familia, estaba otra vez en campaña.

## EL FUERTE DE SAN JAVIER.

(26-30 de Marzo de 1863).

La ciudad de Puebla de Zaragoza estaba sitiada. Hacía quince días que sufría los estragos de un vigoroso bombardeo. Forey, aleccionado por el inesperado descalabro de Laurencez, había procedido de acuerdo con las prescripciones de la ciencia de la guerra, haciendo honor, por otra parte, al denuedo y bizarría de nuestro Ejército de Oriente, mandado por el héroe de Calpulálpam. Los franceses ardían en deseos de vengar la afrenta del 5 de Mayo, y era de verse su espléndido comportamiento al cargar sobre las improvisadas fortificaciones del adversario; el ejército mexicano, por su parte, sostenía sus defensas con un valor y una ardentía inmensamente prodigiosos.

Cuando tronaba el cañón y la metralla iba á rebotar sobre los muros ó los escombros, levantando una gran nube de polvo, un grito de entusiasmo respondía á las bravatas enemigas, y cual más cual menos se

empeñaba en reparar, muchas veces á pecho descubierto, los estragos de la artillería; todos estaban rebosantes de patriotismo, sin murmurar una sola palabra de desaliento y con la seguridad de que allí, en los muros de la invicta ciudad, se habían de estrellar los esfuerzos, las armas y el arrojo de los primeros soldados del mundo.

\*\*\*

La noche del 26 de Marzo de 1863, era una de esas noches apacibles y tranquilas; la luna, con su cortejo de estrellas, brillaba majestuosamente en la inmensa bóveda del cielo; las fogatas del enemigo perceptibles en todo el perímetro de la ciudad formaban un anillo de fuego apenas interrumpido á cortos trechos; la artillería tronaba casi sin interrupción de uno y otro lado, parece que ambos adversarios se disputaban el honor de estar en vela para resguardar sus respectivas posiciones é infligir el mayor daño posible á las mismas.

Entre tanto, los habitantes de la población se habían entregado al descanso, no sin hacer antes los comentarios del día, encomendarse á la Providencia, preocupados como estaban con la natural zozobra,

1020002507

de encontrarse al día siguiente con novedades de más ó menos consideración.

\*\*\*

En el Fuerte de San Javier una parte de la guarnición estaba sobre las armas, al pie de los cañones, lista para repelar cualquier ataque, conociendo como conocía de facto la tradicional osadía del ejército francés; otra cenaba tranquilamente en el interior de la fortaleza.

De pronto se destacó á la entrada del edificio un personaje cubierto hasta los ojos en una amplia capa negra, que con paso un tanto agitado se acercaba al grupo de soldados. Todas las miradas se fijaron sin pestañar sobre el misterioso personaje que así se permitía el lujo de interrumpir aquella sabrosa cena.

—El sargento Julián Hinojosa? dijo nuestro hombre, antes de llegar hasta el grupo.

—¡Presente! mi jefe, respondió el sargento, poniéndose en pié al reconocer la voz del joven oficial Smith, que era precisamente el hombre de la capa.

—Vaya corriendo á ver al Gral. Antillón y dígame que el enemigo prepara una sorpresa sobre el Fuerte, acabo de observar-

lo cerca de sus trincheras, probablemente se trata de un asalto; pero.....¡volando! que una gruesa columna se nos viene encima.

El sargento Hinojosa salió á escape.

—Y ustedes, agregó el oficial Smith, dirigiéndose á los demás, á sus puestos sin perder un instante.

El valiente oficial no se había equivocado, pues en efecto, Forey había dispuesto una columna de más de cuatro mil hombres, dotada de suficiente artillería, para intentar una sorpresa, deseaba vivamente tomar el Fuerte á fuego y sangre, por medio de uno de esos asaltos desesperados que tanto honor habían hecho á los franceses en la guerra sangrienta de Crimea.

Era el primer asalto formal que intentaba, tanto para dar á sus frenéticos soldados la ocasión del desquite, cuanto para quebrantar al enemigo y llevar la desmoralización á sus filas, si era posible.

\*\*\*

La columna, saliendo cautelosamente de sus parapetos, se adelantaba hacia el Fuerte de San Javier, protegida eficazmente por toda la artillería de la parte occidental que había concentrado sus fuegos sobre un mismo punto.

El General Antillón y un momento después el General en Jefe llegaban á tiempo. En un recodo de la fortaleza cruzaron breves palabras con el oficial Smith, y luego dijo en alta voz el Gral. González Ortega, con esa convicción profunda del que sabe bien lo que dice y lo que hace: "no hay cuidado, no hay cuidado, nuestros refuerzos vienen en seguida."

Una verdadera avalancha de enemigos se precipitaba sobre el Fuerte, atronando el espacio con las nutridas descargas de la fusilería; y los defensores, como era de esperarse, contestaban con la misma bravura, vendiendo muy caras sus vidas y realizando hermosísimos prodigios de heroicidad.

—*¡Que vive la France!* gritaban enardecidos los zuavos.

—*Qué viva México!* contestaban los mexicanos entusiasmados y con los pechos henchidos de patriotismo.

En el fragor de la pelea, los combatientes llegaron á confundirse y á brazo partido luchaban como fieras que se disputan una rica presa, unos rodaban sobre los escombros y eran pisoteados y macheteados sin misericordia por los que venían atrás, y otros se disparaban á quema ropa ó se traspasaban con las ballonetas. Aquella

carnicería fué verdaderamente espantosa y memorable.

\*.\*

Los refuerzos que acudieron á proteger á los asaltados de San Javier se portaron valientemente arrollando y acuchillando á cuantos enemigos les estorbaban el paso; por fin, después de algunas horas de mortal pelea, el enemigo, horriblemente acosado por todas partes, no pudo resistir más y se fué retirando poco á poco sin desorganizarse y como movido por una máquina perfecta.

Los franceses estaban derrotados, pero no humillados, se habían portado como buenos y habían dejado bien puesto su prestigio de valientes. En esta vez habían tomado la escrupulosa precaución de no ser heridos por la espalda, bien sabían que esas heridas son las más ignominiosas de todas.

Con el formidable ruido de las descargas, el rodar de las piezas y las caminatas precipitadas de los batallones, de un lugar á otro, el vecindario había despertado casi en masa y muchos se aventuraban por las calles en busca de noticias.

Entre tanto que esto sucedía, una escena conmovedora tenía lugar en una humilde vivienda de la calle de Miradores.

\*\*\*

—¡Antonio!... á dónde vás? Decía una mujer joven aún, medio incorporada en el lecho y fajándose precipitadamente sus faldas de percal.

—Voy á ver lo que pasa, ¿no oyes ese ruido infernal? Quien sabe si los franceses se habrán abierto paso por algún lado de la ciudad, decía el paisano Antonio Huerta á su joven esposa.

—Pero hombre, no seas testarudo, después sabremos lo que pasa; no salgas, no me dejes en esta mortal ansiedad.

—¡Cálmate, mujer! no tengas miedo, déjame marchar. Es una vergüenza que los hombres estemos encerrados en casa, mientras nuestros hermanos se baten con gloria.

Y como viera Antonio que su esposa estaba resuelta á estorbarle el paso, salió violentamente de la estancia.

Lucía, que así se llamaba la joven, estaba recién casada con Antonio, y en un rapto de egoísmo, propio en una mujer inexperta y tímida, había pretendido retener al amado consorte, cuyos impetuosos impulsos le eran bien conocidos. Pero ya no había remedio, Antonio se había marchado.

\*\*\*

Ya de día la batalla prosiguió con mayores bríos, la retirada del enemigo no era definitiva de ningún modo, por el contrario se disponía con sus mejores elementos á dar el asalto, seguro casi de que la guarnición de San Javier no podría resistir por mucho tiempo. Los cañones seguían vomitando torrentes de metralla y los soldados se fusilaban á corta distancia, pues las fortificaciones del enemigo casi llegaban al pie del fuerte.

Cuando Forey creyó llegado el momento oportuno, una vez que se había librado el duelo de artillería y algunas de nuestras piezas habían sido acalladas, desprendió dos gruesas columnas, una sobre cada flanco, con el fin de envolver al enemigo y destrozarlo completamente. Pero en el momento mismo salían de sus parapetos los batallones de Guanajuato, Zacatecas, Querétaro, Rifleros y Reforma, á las órdenes de los Generales Antillón, Mendoza, García, Negrete y del Coronel Auza, dispuestos á medir sus armas con el invasor y á sacrificarse por la santa causa de la República. El espectáculo fué imponente y glorioso por mil títulos. Nuestros soldados á pecho descubierto hacían descargas cerra-

das, y los asaltantes hacían otro tanto, las primeras filas de una y otra parte eran barridas por completo, pero nadie daba señales de cejar. Llegó un momento en que los franceses se vieron flanqueados por el lado del pueblo de Santiago y en inminente riesgo de ser cortados, si no acude tan á tiempo otra columna de refuerzo.

El Coronel Auza, que estaba en uno de los sitios de mayor peligro, suplicaba al General en Jefe, casi con lágrimas en los ojos, que no lo removiera de aquel lugar, allí estaba en su elemento. Este valiente Coronel, uno de los más denodados defensores del sitio de Puebla, se portó con una bizarría sublime, digna de ser comparada con el glorioso comportamiento del Gral. Cambrón en Waterloo.

\* \*\*

En el Fuerte se sucedían otros hechos de inimitable valor, grandes y hermosos, que merecen ser grabados en los corazones de todos los buenos hijos de México. El paisano Antonio Huerta, sudoroso y jadeante, ayudaba á cargar las piezas desafiando todos los peligros con una bravura que tenía pasmados de admiración aun á los veteranos más prestigiados del ejército. El

heroico comportamiento llevó el contagio á todos los pechos, como era de esperarse, y el artillero Matías Romero, aventando el chacó por lo alto y gritando vivas á la Patria, se adelantó hacia un punto destruido de la fortificación y se puso á repararlo á la vista del enemigo.

Las balas silbaban por todas partes, pero como un tributo al valor, respetaron la vida de aquel valiente. En el mismo sitio fué elevado á sargento, y al incorporarse á sus compañeros, una vez terminada su difícil faena, fué aclamado y felicitado por la tropa con un entusiasmo rayano en delirio. El sargento Julián Hinojosa estaba desarmado; un casco de metralla le había arrebatado el arma del brazo, suceso que festejaron ruidosamente sus camaradas; él, muy serio, se limitó á decir: "vaya qué puntería la de esos artilleros, allí me las den todas," y tomó, como si tal cosa, otra arma de las que estaban tiradas en el suelo.

De estos hechos abundan en la memorable historia del sitio de Puebla.

\* \*\*

Las columnas francesas se sintieron impotentes por lo pronto para continuar el

asalto, y rendidas y mal humoradas tomaron la providencia de retirarse. Los republicanos habían perdido 500 hombres entre muertos y heridos, las pérdidas del enemigo habían sido mayores, el Fuerte estaba casi destruído, pero sus valientes defensores no querían abandonar aquel montón querido de escombros.

El General en Jefe se apresuró á practicar una vista de ojos y comprendiendo que San Javier estaba para venirse abajo y que era completamente inútil seguir sacrificando más vidas, determinó transportar los cañones y dejar que los franceses se posesionaran de las ruinas.

Pero, para hacerles comprender que de ningún modo la defensa estaba agotada, comisionó á Smith á la cabeza de cien hombres, á que siguiera disputando palmo á palmo el punto codiciado. No fué sino hasta el día 30, es decir, después de cinco días de combate encarnizado, cuando los franceses se hacían dueños, con profundo disgusto, de la mencionada fortaleza que ya no servía para nada.

Así terminó el glorioso episodio que asombró á los franceses y que en la historia del sitio de Puebla es conocido con el nombre del asalto al Fuerte de San Javier.



Después de la espléndida victoria del Ejército de Oriente en el ataque más formidable del día 27, Antonio se presentaba en su casita de la calle de Miradores, cubierto de polvo y sangre, con el rostro denegrado y el cabello enmarañado, pero feliz y satisfecho por haber cumplido con sus deberes de ciudadano. Lucía, que había estado inconsolable como una Magdalena, lanzó una exclamación desgarradora de estupor y estrechó á su marido entre sus brazos.

—Vienes herido, Antonio, dime qué te ha pasado? Ya ves, no te lo decía?

—No, Lucía, no tengo nada. Cálmate... cálmate, que no me duele ni una uña.

Lucía, satisfecha con tan feliz situación, cubría de besos á su Antonio, y desde el fondo de su alma sencilla y noble, daba gracias á la Providencia y bendecía el nombre sacrosanto de la Patria.